

Dislocaciones: La valentía de aprender en un mundo que no deja de cambiar

Buenos días a todas y a todos.

Me hace mucha ilusión compartir con ustedes el comienzo de este nuevo curso. Gracias a UNATE por la invitación y, sobre todo, a las personas que hacéis posible que este lugar siga llenándose de preguntas y encuentros. Inaugurar este curso es también, de alguna manera, celebrar la posibilidad de descubrir. Y ¿qué hay mejor que eso?

Cuando el equipo de La Universidad Permanente me propuso estar aquí hoy, tardé aproximadamente dos segundos en decir que sí. Lo que me llevó bastante más tiempo fue decidir por dónde iba a empezar. Y entonces me acordé de mi padre, de cómo le brillaban los ojos cada vez que aprendía algo nuevo y del enorme impulso que le daba su curiosidad insaciable. Para él, siempre había una nueva pregunta que hacerse. Y pensé que esa misma curiosidad es la que os trae hoy aquí, la que os sigue animando a aprender y a explorar, a no dar nunca el mundo por conocido. A mí, personalmente, hay algo en esa forma de mirar la vida que me fascina y que, si me dejáis, pienso copiaros :)

Escuchando las lecciones inaugurales de los tres cursos anteriores, encontré un hilo conductor del que me gustaría seguir tirando hoy. Mónica Ramos Toro nos invitó a mirar la longevidad como una conquista colectiva y nos recordó que cumplir años (sean los que sean) nos permite siempre tener nuevos proyectos y deseos. Olga Agüero habló sobre la desinformación y la necesidad de ser ciudadanas activas con ganas de comprender lo que ocurre. Carmen Sarabia nos propuso vivir desde el deseo y no desde una lista interminable de obligaciones.

Creo que las tres estaban defendiendo, al fin y al cabo, que vivir plenamente implica conservar la posibilidad de elegir y de comprender. Y creo que ambas cosas tienen en común la libertad que nos ofrecen.

Además, Olga Agüero terminó su conferencia recordando una expresión de Kant que me gustaría recoger hoy también, porque creo que nos ayuda a mirar nuestro presente: *Sapere aude*. Atrévete a saber. Ten el valor de servarte de tu propio entendimiento. Kant lo que quería era defender la necesidad de salir de lo que llamó «la minoría de edad», que nada tiene que ver con los años, sino con la costumbre de dejar que otros piensen y decidan por nosotros.

Ay, qué importante la valentía de saber. La valentía de compartir y de encontrarnos con nuevas perspectivas, de hacernos preguntas que nunca nos habíamos hecho antes... ¿No es precisamente ahí donde empieza lo interesante?

Siempre pienso: qué pertinente resulta hoy aquella invitación de Kant, ¿no? Precisamente ahora que la tecnología, y especialmente la inteligencia artificial, nos está ofreciendo respuestas inmediatas y dejándonos muy fácil la posibilidad de delegar nuestro propio criterio. Es que no solo está transformando nuestra manera de comprender el mundo, también está transformando el mundo mismo. Se trata de algo que se está desplazando de su lugar habitual. De una auténtica dislocación.

Pero, de todas las dislocaciones que estamos viviendo, hay una que me llama especialmente la atención. Hablamos constantemente de progreso y de la necesidad de adaptarnos a un contexto que cambia, pero parece que tenemos que hacerlo exactamente al ritmo que marcan las tecnologías. Sí, claro. Como si todas las personas partiéramos del mismo lugar, tuviéramos las mismas experiencias, los mismos ritmos de vida y, sobre todo, las mismas ganas de adaptarnos a lo que se nos presenta como inevitable. Como si existiera una persona universal para la que se diseña la tecnología. Pero lo cierto es que ese modelo solo representa a una pequeña parte de la sociedad.

Eso es precisamente lo que ocurre con las personas mayores, a quienes tantas veces se les presenta como si hubieran llegado tarde a un mundo tecnológico que parece pertenecer exclusivamente a las generaciones más jóvenes. Pero ¡si habéis vivido algunas de las mayores transformaciones tecnológicas de nuestra historia! La llegada de los electrodomésticos, la televisión, después los ordenadores...

Pensad, por ejemplo, en el teléfono. Algunas recordaréis cuando ni siquiera había uno en casa. Después llegó el teléfono fijo, pero si alguien llamaba y no estabas en casa, pues ya volvería a llamar. Hoy llevamos el teléfono encima permanentemente y podemos comunicarnos con prácticamente cualquier persona en cualquier momento. Pero esa posibilidad también se ha convertido en una expectativa. Ahora parece que tenemos que estar siempre disponibles, responder rápidamente antes de que piensen que nos ha pasado algo, y hasta justificar por qué no hemos contestado a un mensaje. Hemos pasado de tener que buscar la manera de comunicarnos a tener que buscar la manera de desconectar.

Creo que este ejemplo nos permite comprender una de las claves de estas dislocaciones: la tecnología no solo transforma lo que podemos hacer, también lo que consideramos «normal» o «deseable». Y esto no ocurre únicamente con las tecnologías más recientes.

Pensemos también en la lavadora. Su llegada a los hogares supuso una gran transformación, especialmente para las mujeres, sobre quienes recaía buena parte del trabajo doméstico. Permitió reducir el esfuerzo físico y el tiempo dedicado a lavar la ropa. ¡Y menos mal! Pero ¿qué ocurrió después con ese tiempo que supuestamente habíamos liberado? ¿Se convirtió en tiempo para descansar, para disfrutar, para hacer cosas que nos apetecían? ¿Se repartieron las responsabilidades de otra manera? ¿O, precisamente porque ahora resultaba más fácil, cambiaron las exigencias y por tanto las expectativas de aquello que debía hacerse (cada vez en menos tiempo?)

Es que una cosa es ahorrar tiempo en una tarea y otra muy distinta es que ese tiempo se convierta en tiempo disponible. A veces, lo que la tecnología nos permite hacer más deprisa acaba convirtiéndose en algo que se espera que hagamos más veces, o junto a muchas otras tareas. Y entonces aparece una paradoja interesante: inventamos tecnologías para liberarnos de determinadas obligaciones, pero terminamos reorganizando nuestras vidas alrededor de otras nuevas exigencias que nos ocupan el mismo o más tiempo que la tarea que hacíamos anteriormente.

Aquí es donde cobra sentido la idea de **memoria tecnológica**. Haber conocido otras formas de vivir os permite mirar el presente con cierta distancia y reconocer que las innovaciones no siempre cumplieron lo que prometían. Algunas cosas mejoraron y otras, sencillamente, cambiaron. Y, sin embargo, a veces basta con que aparezca una nueva forma de hacer las cosas para que la anterior desaparezca sin que nos hayamos detenido siquiera a pensar qué tenía de valioso o si realmente necesitaba ser sustituida. ¿Desde cuándo hemos asumido que innovar tecnológicamente significa progresar como sociedad?

Bueno, no sé, es que cuando hablamos de progreso solemos prestar mucha atención a lo que una tecnología es capaz de hacer, pero bastante menos a las personas para las que está pensada. Y esto es importante, porque detrás de cualquier innovación hay decisiones humanas. Alguien ha decidido previamente qué problema merece una solución, qué necesidades son prioritarias y cómo deberían resolverse. Pero si esas decisiones las toman personas con sus propias experiencias y maneras de entender el mundo, sin contar con quienes van a utilizar esas tecnologías, ¿por qué damos por hecho que lo que consideran una mejora lo será también para quienes tendrán que convivir con ella?

Pensemos, por ejemplo, en algo tan cotidiano como pedir una cita médica. Poder hacerlo desde casa sin desplazarnos y sin pasarnos tres horas al teléfono, claramente es una gran ventaja. Pero imaginemos que para conseguirlo tenemos que utilizar una aplicación que cambia constantemente su diseño y su experiencia de usuario, que tenemos que recordar varias contraseñas y completar un formulario que se cierra antes de que hayamos terminado. Vale, pues quizás, esa mejora no lo sea tanto para algunas personas, ¿no? (bueno, realmente no sé para quién podría serlo pero...).

Sin embargo, cuando alguien encuentra dificultades, enseguida pensamos que no sabe manejarse con la tecnología, que no se adapta y entonces, necesita aprender. Es curioso porque hemos terminado acostumbrándonos a buscar el problema en la persona en lugar de cuestionar la propia herramienta. Pero ¿y si, en vez de preguntarnos por qué alguien no consigue utilizar una tecnología, nos preguntamos por qué hemos diseñado una tecnología que no tiene en cuenta a todas las personas que necesitan utilizarla?

Cuando hablamos de envejecimiento tendemos a hablar de «las personas mayores» como si todas compartierais las mismas necesidades, los mismos intereses, ritmos o maneras de vivir. Pero, ¿qué tenéis necesariamente en común dos personas por el hecho de haber cumplido setenta años? Pues cada una tiene su historia, sus circunstancias, sus motivaciones... y, por supuesto, una relación diferente con la tecnología. Habrá quien disfrute aprendiendo a utilizar nuevas herramientas y quien prefiera seguir haciendo determinadas cosas como las ha hecho siempre. Y ambas opciones son perfectamente legítimas, ¿no?, ¿por qué tendría que existir una única manera de desenvolverse en un mundo en el que convivimos personas tan diferentes?

En fin, es evidente que todas las personas somos diferentes las unas de las otras, ¡y menos mal! Pero... ¿qué esperábamos que pasara? si ni siquiera somos iguales a nosotras mismas a lo largo de los años. Cambian nuestras circunstancias, nuestros cuerpos, nuestras necesidades y también las posibilidades que tenemos de desenvolvernos en el mundo.

Sin embargo, parece que muchas de las tecnologías que utilizamos, todavía no se han enterado de este pequeño detalle. Nos hacen encajar en las mismas casillas, seguir los mismos pasos y adaptarnos a funcionalidades que otras personas han decidido por nosotras. Y, por si fuera poco, esperan que todas lo hagamos a la misma velocidad.

Pero imaginemos que conseguimos cambiar esto. Que diseñemos tecnologías capaces de adaptarse a cada persona que además, nos permiten resolver nuestras necesidades sin ayuda de nadie. Estupendo, pero ¿por qué habríamos de aspirar a hacerlo absolutamente todo solas? ¿En qué momento hemos decidido que necesitar ayuda o depender de otras personas es algo que deberíamos evitar?

Quizá parte del problema esté en que hemos terminado confundiendo **independencia con autonomía**. Ser independiente tiene que ver con poder hacer las cosas por nuestra cuenta sin necesidad ayuda; ser autónoma significa tener la capacidad de decidir sobre nuestra propia vida. Podemos necesitar apoyo para realizar determinadas tareas y seguir siendo plenamente autónomas. Y también puede ocurrir lo contrario: podemos hacer algo sin ayuda de nadie y, sin embargo, tener muy poca libertad para decidir cómo queremos hacerlo.

Y es que, si lo pensamos, esa aspiración a no necesitar nunca a nadie resulta bastante distópica. Nacemos necesitando cuidados, aprendemos gracias a otras personas y seguimos apoyándonos en familiares, amistades y comunidades a lo largo de toda nuestra vida. Somos seres sociales, vivimos en relación con otras personas y dependemos de ellas. Pero hemos construido una sociedad que parece empeñada en convencernos de que lo deseable es poder con todo, resolver nuestros problemas sin ayuda y necesitar a los demás lo menos posible. Y entonces, ¿en qué momento empezamos a interpretar la dependencia como una especie de fracaso? Porque la cuestión no es que, al hacernos mayores, empecemos de repente a depender de los demás. Es que siempre hemos dependido, aunque nuestras necesidades y las formas de apoyo vayan cambiando con los años.

Aquí las tecnologías del cuidado plantean algunas preguntas interesantes. Pensemos, por ejemplo, en un dispositivo capaz de detectar una caída y avisar automáticamente a un familiar o a un servicio de emergencias. ¡Por supuesto que puede ser una herramienta extraordinaria! Puede ofrecer seguridad, tranquilidad y permitir que muchas personas continúen viviendo en sus casas durante más tiempo. Pero, ¿quién ha decidido que esa persona necesita llevarlo? ¿Ha podido elegirlo? ¿Sabe qué información recoge y quién puede consultarla? Porque una tecnología puede contribuir a nuestra seguridad y, al mismo tiempo, modificar nuestra intimidad y nuestra libertad para decidir.

Y hay otra cuestión que me parece todavía más importante: ¿hasta qué punto estamos confundiendo cuidar con vigilar? Porque, por supuesto, saber que alguien no se ha caído o que se ha tomado su medicación puede ofrecernos información muy útil y mucha tranquilidad. Pero no nos dice necesariamente cómo se encuentra, si se siente sola, si está preocupada, si le duele algo o si necesita hablar con alguien. Y eso también forma parte del cuidado. Por eso, cuando hablamos de tecnologías destinadas a cuidar, deberíamos cuestionarnos, además de las tareas que nos permiten resolver, qué lugar dejan a las relaciones humanas, a los deseos de las personas y a su autonomía a la hora de decidir sobre sus propios cuerpos y cuidados teniendo toda la información disponible.

Llevamos un rato preguntándonos si las tecnologías nos permiten decidir cómo queremos hacer las cosas, pero... ¿podemos decidir no utilizarlas?

Durante mucho tiempo, la tecnología nos ha ofrecido nuevas posibilidades que pueden hacernos la vida mucho más sencilla. Pero ¿qué ocurre cuando esas posibilidades dejan de ser precisamente eso, opciones, y se convierten en las únicas puertas de entrada a determinados servicios o derechos?

Cuando, por ejemplo, desaparece la atención presencial y, al llamar por teléfono, nos encontramos con una máquina que nos ofrece un montón de opciones, menos la única que queremos: hablar con una persona. Y ahí estamos, repitiendo «hablar con un agente, por favor», cada vez con un poquito más de énfasis, mientras una voz perfectamente tranquila nos responde: «Lo siento, no he entendido su solicitud».

Seguramente hemos vivido alguna situación parecida, pero, si lo pensamos, detrás de esta pequeña desesperación cotidiana hay una paradoja: lo que empezó siendo una manera más cómoda de hacer las cosas está terminando por convertirse, en muchos casos, en la única manera de hacerlas. Es una especie de jaula de oro, ¿no? Nos ofrecen rapidez, comodidad, la posibilidad de resolverlo todo desde casa y sin depender de horarios. Y, por supuesto, pero, casi sin darnos cuenta, esa comodidad empieza a tener el precio de la renuncia a otras formas de hacer las cosas. Lo que se nos presenta como una ampliación de nuestras posibilidades puede terminar reduciendo nuestra libertad para elegir.

Y claro, todo esto deja de ser una simple incomodidad cuando lo que está en juego es el acceso a un servicio público o el ejercicio de un derecho. Porque imaginemos que una persona tiene derecho a solicitar una ayuda, pero la única forma de hacerlo es a través de una plataforma digital que no sabe o no puede utilizar. Sobre el papel, esa persona sigue teniendo exactamente los mismos derechos que las demás pero, en la práctica, tiene muchas más dificultades para ejercerlos. Y entonces, ¿podemos seguir hablando de igualdad?

A menudo, cuando nos encontramos estas situaciones hablamos de “brecha digital”, pero, explicado de esta manera suena un poco como si el problema fuera simplemente que hay personas que no saben utilizar determinadas tecnologías y necesitan aprender. Claro que facilitar ese aprendizaje es importantísimo. Pero ¿es justo que toda la responsabilidad recaiga sobre quienes tienen que adaptarse? ¿no podría haber algo de responsabilidad en las instituciones que diseñan y ofrecen esos servicios?

Además, hay una diferencia que me parece fundamental: una cosa es aprender a utilizar una tecnología porque queremos ampliar nuestras posibilidades y otra muy distinta es tener que aprender a utilizarla para no quedarnos fuera.

A ver, que estamos aquí inaugurando un nuevo curso en una universidad que trabaja para garantizar el derecho al aprendizaje a lo largo de toda la vida, ¿no será yo quien os diga que no hay que aprender cosas nuevas! Todo lo contrario, creo profunda y firmemente en el valor del aprendizaje y la curiosidad, y en las posibilidades que nos abre seguir descubriendo el mundo tengamos la edad que tengamos. Pero creo también que no es lo mismo acercarse a una tecnología para ampliar las posibilidades que tener que aprender a utilizarla para no quedarse fuera. Al final, ¿de qué nos sirve construir una sociedad cada vez más avanzada tecnológicamente si, por el camino, estamos dificultando que algunas personas puedan participar plenamente en ella?

Quizás por eso me cuesta tanto aceptar la idea de que el futuro tecnológico es algo que simplemente está sucediendo; como si las innovaciones aparecieran de repente; como si fueran inevitables y no pudiéramos hacer nada más que acostumbrarnos a ellas.

«Hay que adaptarse a los nuevos tiempos». Bueno, sí, claro... Pero... eso no significa que no podamos cuestionarnos cómo queremos vivirlos, ¿no? No todo lo que es posible tecnológicamente hablando debería realizarse, ni todas las mejoras hacen nuestra vida más sencilla o habitable.

Habitable. Un concepto que me gusta mucho aplicar a la tecnología. No es suficiente con que cada vez sea más avanzada o nos permita ser más eficientes (¿eficientes para qué o para quién?); también importa cómo transforma los espacios que compartimos, nuestras relaciones, nuestros tiempos; cuánto de parecido es el mundo que la tecnología construye en relación con el que nos gustaría vivir. Por eso me gusta hablar de **tecnologías habitables**. Tecnologías que podamos comprender, cuestionar y hacer nuestras. Que tengan en cuenta que vivimos de maneras diferentes, que necesitamos a otras personas, que hay cosas que quizá no queremos hacer más deprisa ni delegar en una máquina.

Vuestra experiencia no es valiosa únicamente para recordar cómo eran las cosas antes; también lo es para pensar cómo queremos que sean mañana. El futuro tecnológico no está escrito, aunque a veces nos lo presenten como si lo estuviera. Todavía estamos decidiendo qué lugar queremos darle a la tecnología en nuestras vidas, cuáles son cambios que nos parecen deseables y cuáles no tanto. Y creo que esa conversación nos necesita a todas, con nuestras distintas experiencias, conocimientos y formas de entender el mundo.

Pero para participar en ella es necesario conservar algo que vosotras tenéis: curiosidad y ganas de seguir descubriendo y aprendiendo sobre la amplitud de lo que somos como humanos.

Sapere Aude. Atrévete a saber. Ten el valor de servarte de tu propio criterio y aprendizaje.

Hoy celebramos la posibilidad de seguir compartiendo y aportando en comunidad para, como decía aquel hilo conductor del que tiramos al inicio, ser más libres. Os hablé de los ojos de mi padre. Y, mirándoos hoy, le veo en vosotros. Hay algo increíble en seguir conservando esas ganas de comprender el mundo por muchos años que llevemos viviendo en él.

Así que os deseo un curso lleno de descubrimientos y de conversaciones que os hagan pensar. El mundo seguirá cambiando y dislocándose, pero, mientras sigamos manteniendo la incógnita de lo desconocido, seguiremos teniendo algo que decir sobre el mundo en el que queremos vivir.

Muchas gracias